

IMPLICACIONES PARA LA ETICA DEL NACIMIENTO Y DESARROLLO DE LAS CIENCIAS DEL HOMBRE

I

SOBRE EL NACIMIENTO, NATURALEZA Y DESARROLLO DE LAS CIENCIAS HUMANAS

1. EL PROBLEMA

El problema que me propongo estudiar es el de si entre ciencias del nombre y ética cabe señalar zonas de fricción, incluso de antagonismo; o si más bien debe hablarse de concurrencia, complementariedad, implicación o de alguna otra cosa parecida. Introdutoriamente, qué sean las ciencias del hombre y cómo han venido a constituirse.

Entendiendo por ciencia cualquier forma de saber razonado, y por hombre el campo de su naturaleza y el despliegue de su acción tal y como aparecen a la experiencia, una ciencia del hombre es tan antigua como el hombre mismo o, al menos, tan antigua como los intereses por obtener explicaciones reflejas sobre su realidad. Ciencias del hombre, incluso principalmente del hombre, se han dado en todas las culturas. Para la occidental, y desde Grecia, las historias señalan uno de sus períodos, el que arranca de Sócrates en debate con los sofistas, como antropológico. Asuntos como los psíquico-sociales y ético-políticos atraen preferente atención en los clásicos de ese pensamiento¹. Ello vale con mayor fuerza en relación —dentro de la tradi-

¹ «El interés científico por las cuestiones sociales y políticas no es menos antiguo que el interés científico por la cosmología y la física; y hubo períodos en la antigüedad (estoy pensando en la teoría política de Platón y en la colección de constituciones de Aristóteles) en los que podía parecer que la ciencia de la sociedad iba a avanzar más que la ciencia de la naturaleza» (K. Popper, *La miseria del historicismo*, tr. Pedro Schwartz, Madrid 1973, 15). Desde Galileo el concepto de ciencia cambia y, con arreglo a ese nuevo concepto de ciencia, es la física la que hace “avances inesperados”; desde Pasteur, «el Galileo de la biología, las ciencias biológicas han avanzado casi tanto. Pero las ciencias sociales no parecen haber encontrado aún su Galileo» (*Ibid*). Ello quiere decir, por una parte, que un modo de ciencias del hombre es tan antiguo como lo es el interés humano por conocer; por otra, que el conocimiento en el caso tiene un cuestionable estatuto de ciencia. Ello es que, si desde Descartes, las cuestiones del hombre, tal y como eran estudiadas por la antigua filosofía, presuponian capacidades “más que de hombre” (*Discurso del método* I, Descartes habla en concreto de las cuestiones debatidas por los teólogos), Sócrates pensaba que esas cuestiones eran las únicas a medida humana, y que las cuestiones de cosmología y de física, y “sin intención de menospreciar tal ciencia”, sólo están al alcance de “sabios con una sabiduría sobrehumana”, al menos él no se creen en posesión de ella. De lo que él se ocupa es de “examinarse a sí mismo y a los demás”, interesándose por el alma y la virtud (*Apología*, 20 e, 30 a; cf. B. Snell, *Las fuentes del pensamiento europeo*, tr. José Vives, Madrid 1965, 213).